

por breves momentos y termina, por último, con intervalos de tiempo cada vez mas cortos. Si el observador se aproxima mucho al ave, advierte que el miembro principal de su canto acaba con sonidos bajos, semejantes al gruñido, pero que se distinguen esencialmente de los que antes se oían y á los que se pudiera dar en cierto modo el nombre de suspiros: estos sonidos se podrían expresar por medio de las articulaciones *quorre quorre quorre* y semejan, á mi modo de ver, los ahogados chirridos de una rana, que se oye desde lejos.

La hembra deja oír á veces un sonido análogo; pero mucho mas débil: al volar el macho y la hembra lanzan un grito de llamada, que se expresa por *haeit heit*.

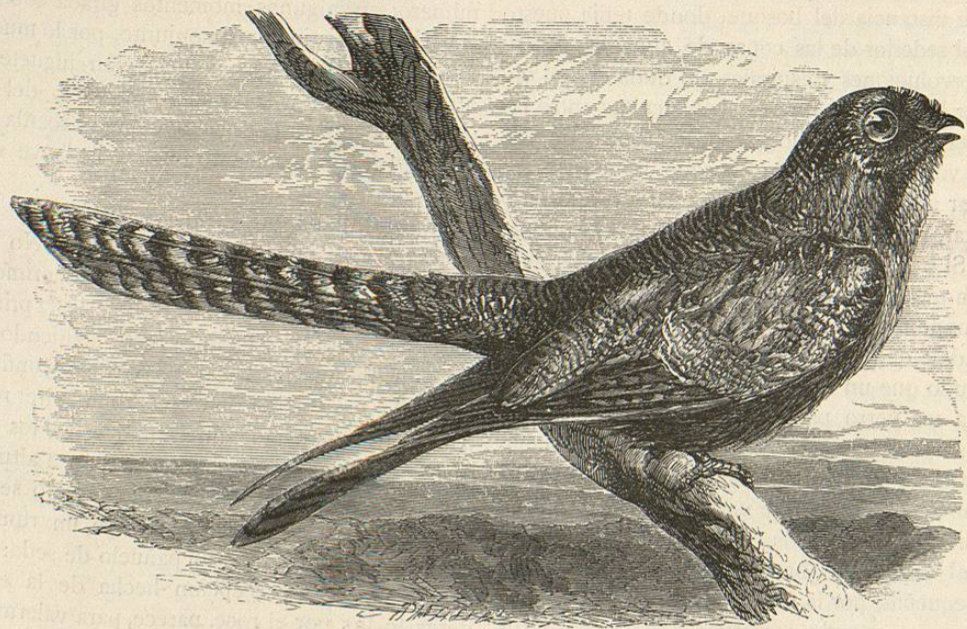


Fig. 86.—EL ESCOTORNIS CLIMACURO

parecidos, y creo que este es carácter bastante para demostrar que son otras tantas especies independientes unas de otras, y no simples variedades de una misma.

El grito de ciertos chotacabras de América debe ser muy singular, pues ha impresionado, no solo á los salvajes sino también á los colonos, hasta el punto de temer á estas aves y darles los nombres mas extraños. Schomburgk ha descrito las voces que resuenan en el bosque cuando cesa el alegre concierto de la población alada, y dice con este motivo: «Percíbense entonces en medio del silencio de la noche los gritos plañideros de los chotacabras, posados sobre las ramas secas que se inclinan en la superficie del río; estos sonidos son tan siniestros y desagradables, que se comprende el temor inspirado por dichas aves. No hay negro, indio, ni criollo, que se atreva á tirar contra ellas; el segundo las considera como servidoras del espíritu maléfico Jabahu; los negros creen que son mensajeras de Jumbo, divinidad del mal, y los criollos las miran como mensajeras de muerte. Léase la brillante descripción que del canto de estas aves hace Waterton en sus «Viajes». «Pronto resonó en mis oídos el plañidero *ha-ha-ha-ha-ha-ha*, que parecía provenir de aquellos árboles ó de la próxima orilla y que, oyéndose al principio clara y distintamente, acababa de convertirse poco á poco en una especie de suspiro; seguían luego con angustiosa precipitación las voces: *Who-are-you, who-who-who-are-you?* (¿Quién eres tú, quién, quién, quién eres tú?) á las cuales se sucedían inmediatamente estas otras, que tenían un áspero tono imperativo: *Work-away-work-away-*

Todos los chotacabras de Africa que yo oí producen el mismo ruido que el de Europa; el de collar rojo se distingue por su armoniosa voz, mas suave; emite dos sonidos bastante semejantes que podrían traducirse por *kluck kluck kluck*, siendo uno de ellos mas bajo que el otro. El *jotaca*, observado por Radde en las montañas de Bureja, tiene por grito de llamada una especie de cacareo que se puede expresar por las sílabas *dschog dschog*, á lo cual se debe que los tungusos dieran á esta ave el nombre de *dsogdsogsum*. El chotacabras de las Indias (*caprimulgus indicus*), que se ha confundido á menudo con el de Europa, grita *tuyo*, al decir de Jerdon.

Bien vemos cuánto varía la voz entre los chotacabras muy

work-away (¡Trabaja, ea, trabaja, trabaja, trabaja, ea!); oíase pocos momentos despues una voz que, impregnada de profundo tedio, parecía decir: *Willy-come-go, Willy-Willy-Willy-come-go* (Guillermo, ven, vámonos, Guillermo, Guillermo, ven, vámonos!), y resonaba al instante otra no menos lastimera: *Whip-poor-Will! Whip-Whip-Whip-Whip-poor-Will* (Golpea, pobre Guillermo, golpea, golpea, golpea, pobre Guillermo), hasta que por último se percibía de repente desde el fondo de la sombría selva el grito penetrante de un mono que se veía turbado en su sueño ó acababa de caer en las garras de un gato-tigre.»

Los chotacabras, mas lentos y pesados que las golondrinas, tienen tambien menos inteligencia que ellas; son respecto á estas lo que los buhos con relacion á los halcones. En su vida nocturna les faltan ocasiones para desarrollar sus facultades intelectuales; el hombre, enemigo innato de todos los animales, no los juzga muy favorablemente.

Solo de este modo puedo explicarme la curiosidad de los chotacabras: ya he dicho antes que toda cosa nueva llama su atencion, y que se acercan entonces para verla mas de cerca. En los bosques desiertos van junto al viajero extraviado; vuelan á su alrededor y le acompañan largo tiempo sin otro fin que el de examinar detenidamente la desusada aparición; la luz los atrae mucho mas; todos llegan junto á los fuegos del campamento y comienzan á volar alrededor. Si se dispara un tiro y no cae ninguno, quedan sumamente sorprendidos; detiéndense de pronto sin reconocer el riesgo, y se ciernen largo rato en el mismo punto para informarse

de lo sucedido; pero si uno de ellos muere, los demás se alarman, aprovechándose de la experiencia.

En ninguna parte es tan fácil como en Africa cazar estas aves con escopeta, pues viven allí sin temor, y á nadie se le ocurre ni aun espantarlas. La presencia de un ave de rapiña nocturna les hace cambiar de movimiento; conocen á su enemigo y emprenden la fuga al instante.

El chotacabras revela tener astucia: en España le dan el nombre de *engaña-pastores*, solo porque estos son los que le ven con mas frecuencia. La llegada de un ganado basta para poner en movimiento al chotacabras; el pastor le divisa; dirígese hácia el sitio donde se ha refugiado; cree poder cogerle sin dificultad; adelántase y alarga la mano; pero en el mismo instante emprende su vuelo el ave. Era que observaba con atencion todos los movimientos de su enemigo, y se fingia dormida, para escapar en el momento oportuno. No se crea que refiero aquí una fábula inventada por puro capricho. «Cierta dia, dice Naumann, ayudaba yo á tender una red para las alondras, cuando muy cerca de mí, sobre un tronco derribado, divisé un chotacabras que parecia profundamente dormido. Resuelto á cogerle, puse la red de manera que cubriese el tronco, y despues de haber cerrado así toda salida al ave, hicimos ruido para ahuyentarla hácia el centro, donde pensábamos cogerla mas fácilmente. Entonces vimos que estaba despierta, si bien trataba de engañarnos fingiéndose dormida; para acercarme, hube de pasar por debajo de la red, y no voló hasta el momento en que alargaba yo la mano para cogerla, quedando luego sujeta entre las mallas.»

Todas las especies de la sub-familia que viven en las regiones septentrionales del globo, y aun quizás aquellas que moran en países donde las estaciones cambian de un modo brusco, abandonan durante los meses mas rigurosos del año los sitios en que anidan, y emigran con mas ó menos regularidad á otras comarcas. El chotacabras de Europa no se presenta en su patria hasta fines de abril, raras veces á mediados de este mes, estando su aparición relacionada con la abundancia y naturaleza de los alimentos que necesita; en las regiones montañosas ó en el norte suele aparecer á principios de mayo, y nos va sucesivamente dejando no bien el mes de octubre toca á su fin. A diferencia de los cipsélidos, anda despacio y sin cansarse, por mas que, gracias á su habilidad en volar, recorra fácilmente grandes extensiones de territorio y hasta mares, al parecer, sin necesidad. Durante la primavera los chotacabras emigrantes van casi siempre aislados y á lo mas por parejas; en otoño, por el contrario, constituyen bandadas mas ó menos numerosas, las cuales van engrosándose constantemente á medida que avanzan mas hácia el sur. Así en la Europa meridional, como en el norte de Africa y en la Arabia Pétreá, hánse observado tales bandadas desde últimos de agosto hasta los meses de setiembre y octubre. Los primeros en partir son probablemente aquellos que no pudieron completar la educación de su prole sino muy tarde, ó se detuvieron en su marcha, á causa del abundante alimento con que les brindara una determinada comarca.

Cualquier sitio que durante su viaje pueda proporcionarles algun abrigo para descansar de dia, parece ser del gusto de estas aves; sin embargo prefieren para ello los lugares poblados de árboles ó al menos de matorrales, y en caso apurado no desdeñan tampoco las colinas pedregosas y desprovistas de toda vegetacion, los desiertos y las estepas.

Si por un motivo cualquiera les urge partir, ó bien las comarcas que cruzan no les ofrecen el alimento necesario, entonces vuelan de dia, aun contra su costumbre: Heuglin pudo observar uno que en el decurso de este vino á posarse sobre un buque á fin de entregarse al descanso, hecho que se ve

repetido con alguna frecuencia por los chotacabras que en sus emigraciones atraviesan el mar. En el noroeste del Africa siguen el mismo camino que casi todas las aves emigrantes,



Fig. 87.—EL HIDROPSALIS LIRA

es decir, el valle del Nilo; sin embargo, segun lo observado por Heuglin, avanzan tambien á lo largo de las costas del mar Rojo, en cuyo caso podría atribuirse este cambio de itinerario á los frecuentes extravíos que padecen al atravesar el desierto, falto de árboles.

El citado observador encontró á las aves viajeras en las cos-

tas de Danakil y Somali, en las tierras de los Bogos, Habesch y Kordofan; yo los hallé en los bosques que se extienden á una y otra márgen de los principales afluentes del Nilo. Detienen allí, precisamente en los mismos sitios habitados por las especies propias del país; pero no traban con estas relaciones alguna, y al modo que las golondrinas, se alejan sin recordarse lo más mínimo de ellas. No podemos decir con entera certeza cuál sea el punto límite de sus viajes, pero si observáremos que raras veces se encuentra esta ave en las regiones más al sur del África.

Cuando los chotacabras vuelven, ya á fines de mayo aparecen en Egipto, pero aislados, y en numerosas bandadas á principios de abril; preséntanse poco después en Grecia, donde, así como en el Asia Menor y en el Atlas, tan solamente anidan; y acelerando desde este momento su vuelo, llegan un poco más tarde á las comarcas de Alemania. Así el chotacabras de Europa como otras especies de la subfamilia, traspasan en sus viajes los límites de su dominio, según lo prueba el hecho de haberse encontrado el escotornis climacuro en Provenza y el chotacabras de los desiertos en Helgoland. Parece que los chotacabras no ponen más que una vez al año: el período del celo varía según los países; pero coincide siempre con la primavera. El macho trata de cautivar á la hembra, y para ello despliega todas sus gracias.

Su *ron ron* y su grito son cantos de amor: después del apareamiento, deposita la hembra dos huevos en tierra, en algún sitio oculto debajo de un matorral, cuyas ramas toquen el suelo, sobre un tronco de árbol cubierto de musgo ó en una mata de yerba. Nunca fabrican nido los chotacabras, ni se toman siquiera el trabajo de arreglar un poco la capa donde depositan los huevos; macho y hembra los cubren alternativamente, y manifiestan el mayor cariño á su progenie. Cuando le amenaza un peligro, levántase la madre que cubre, y huye volando, como paralizada; arrástrase por el suelo; remóntase después por los aires y desaparece volando con las alas tendidas.

Si el observador permanece silencioso é inmóvil junto á los huevos hallados, no tarda en ver á la hembra que se acerca; párase á alguna distancia de aquellos; mira en derredor con mucha precaución y recelo, y si nota la presencia del observador que está espionando, mírale de hito á hito; parece como que reflexiona y se pone luego en movimiento. Váse aproximando siempre más y más, dando cortos pasos á la manera de los ánades, y cuando se halla ya muy cerca, hínchase de repente y bufa con el objeto de espantar y ahuyentar al perturbador de su tranquilidad.

La conducta del ave en semejante caso es tan interesante y divertida, que Eugenio de Homeyer, á quien soy deudor de estas noticias, nunca se descuidaba de enseñar á aquellos de sus amigos que lo eran á su vez de los animales, el nido de un chotacabras que se había establecido en su jardín, á fin de hacerles gozar del encantador espectáculo; ¡cuán grande no debe ser el amor del ave hácia su futura prole para que en medio de su pequeñez y debilidad ose acercarse de este modo al hombre formidable y casi siempre cruel para con los animales! Si se aproximan á su nido durante la noche, inquiétase en extremo la hembra y grita como para pedir socorro al macho.

Estas aves recurren también á otro medio para librar á su progenie de los ataques de cualquier enemigo: Audubon ha observado una especie que trasportaba sus huevos, y hasta sus hijuelos á sitio más seguro en el caso de haberse descubierto su nido, y no tengo por imposible que hagan lo mismo las demás especies. «Durante mucho tiempo, dice, procuré averiguar cómo procede el chotacabras para llevar su cría á otra parte, y gracias al excelente olfato de un perro,

puede reconocer por de pronto que la conduce muy lejos. Los negros, que observan bien, por lo general, las costumbres de los animales, me dijeron que los chotacabras empujaban ó hacían rodar sus huevos con el pico; algunos campesinos á quienes interrogué, creían que se los llevaban debajo del ala, y habiendo resuelto asegurarme de la verdad, hé aquí lo que averigüé. Cuando una de estas aves, ya sea el macho ó la hembra, observa que han sido tocados sus huevos, eriza su plumaje, y permanece algunos minutos profundamente abatida; produce después un ligero murmullo, y su compañero llega al instante, rasando de tal modo el suelo que debe tocarle con sus patas. Después de emitir algunos gritos, coge la hembra un huevo con su pico ligeramente abierto, el macho hace otro tanto; ambos vuelan despacio y con prudencia, muy cerca del suelo y desaparecen en el ramaje. No se llevan así los huevos sino cuando los ha tocado el hombre; y no los abandonan si este descubre el nido y se retira sin poner la mano en él.»

Macho y hembra permanecen todo el día sobre sus hijuelos que acaban de salir á luz. Mi padre vió á uno de los chotacabras ocultar su progenie, aunque estaba ya completamente desarrollada. Los pequeños no reciben su alimento sino por la noche; sus padres comienzan por darles insectos blandos, efímeras y mariposas; luego les llevan otros más duros, y acaban por enseñarles á cazar y á que busquen de comer por sí mismos.

Repetidas veces se ha tomado al chotacabras, en el momento de estar cubriendo sus huevos, por el cuclillo, y háse sostenido en su consecuencia que este último también empujaba: á la verdad no acertamos á explicarnos el por qué de tal confusión, pues si se exceptúa el color gris del plumaje, en nada absolutamente se parecen las dos aves.

ENEMIGOS.—Lo son del chotacabras algunos carnívoros y las rapaces. En el sur de Europa, donde se sacrifican toda clase de animales, especialmente comestibles, á las exigencias del apetito, se caza al ave para aprovechar su carne; los griegos é italianos la consideran como un bocado muy exquisito y por este motivo la persiguen sin tregua ni descanso durante la época de sus emigraciones; en Alemania la acechan tan solo los naturalistas y los cazadores furtivos. El chotacabras como todas sus especies son aves de reconocida utilidad, como así lo prueban sus costumbres y régimen, y se hacen, por lo tanto, acreedoras á toda nuestra protección y simpatía. Tan solo los necios y cuantos rinden culto á lo maravilloso, pueden dar crédito á las fábulas ridículas que se han inventado contra esa útil é inofensiva ave y que no son más que monstruosos engendros de la ignorancia y del fanatismo. En esto sucede lo que siempre: aquello que no puede comprenderse, exalta la imaginación de los ignorantes y les incita á urdir absurdas consejas y relatos inverosímiles, los cuales son luego aceptados como moneda corriente entre cierta clase de gentes. Por ridículo que parezca, ello es cierto que todavía hay personas que toman el nombre de chotacabras al pie de la letra y creen que esta ave va á chupar la leche de las cabras y de otros animales; y no faltan quienes se la representan bajo la forma de un sombrío fantasma ó de una hechicera dotada de mágico poder. Pero aquel que, como yo, pudo casi todas las noches observar el ave en el interior del África; quien tuvo la dicha de ser visitado por ella junto á la hoguera que ardía durante la noche en medio del desierto; quien, finalmente, al cerrar esta y cuando acababa de terminarse el alegre concierto de las aves diurnas, oyó resonar en sus oídos el canto ó grito de la misma á manera de cordial bienvenida, aquel y solo aquel puede amarla con verdadera pasión y protegerla contra la torpe maledicencia y toda clase de persecuciones.

LOS PODAGEROS—PODAGER

CARACTÉRES.—Se caracterizan por tener el cuerpo grueso; cabeza muy ancha; pico bastante fuerte, ligeramente encorvado en la punta, con bordes un poco levantados y cubiertos de sedas erectiles y cortas. Las fosas nasales se abren en la base de la mandíbula superior; las alas son largas y agudas, con la segunda y tercera pennas más largas; la cola corta, ligeramente redondeada y compuesta de pennas anchas; los tarsos largos, desnudos y gruesos, así como los dedos; la uña del dedo medio es dentada, y el plumaje erectil.

EL PODAGERO NACUNDA—PODAGER NACUNDA

CARACTÉRES.—Las aves de esta especie, á la que llaman los brasileños *criango* ó *coriango*, tienen el lomo pardo negro, con motas muy finas de amarillo rojo, la cabeza más oscura que el centro de aquel; la espaldilla adornada de grandes manchas pardo negras; las rectrices, moteadas también, presentan de seis á ocho fajas negras, orilladas de blanco en el macho; la garganta, la línea que va del pico al ojo, las orejas y la parte anterior del cuello son de un amarillo rojo un poco manchado. Entre las dos orejas se extiende una faja blanca; el vientre, las nalgas y las cobijas inferiores de la cola son de este último color; el ojo muy grande, de un tinte pardo claro; el pico gris pardo con la punta negruzca; las patas de color de carne con visos de un gris pardo. De las medidas tomadas por el príncipe de Wied, resulta que el nacunda tiene 0",28 de largo por 0",27 de amplitud de alas; el ala plegada mide 0",23 y la cola 0",10 (figura 90).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Por lo que dicen Azara, el príncipe de Wied, Schomburgk y Burmeister, encuéntrase el nacunda en casi toda la América del sur, sobre todo en las estepas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Esta especie evita los espesos bosques, así como los lugares del todo descubiertos, y busca los sitios donde abundan las breñas. Dice Burmeister que se la ve cerca de los pueblos, donde es bien conocida de todos con el nombre de *criango*.

El nacunda se distingue por sus costumbres diurnas y su sociabilidad. Azara dice que caza los insectos de día, y que se remonta por los aires á mucha mayor altura que los demás caprimúlgidos, sin posarse nunca. Otros observadores aseguran que cuando se le espanta vuela solo á corta distancia, se posa luego en tierra, y se oculta entre las yerbas á tres ó cuatro pasos del observador.

«Yo no le ví más que una vez durante mis viajes, dice el príncipe de Wied: en un extenso pasto, situado en el interior de la provincia de Bahía, divisé un gran número de estas aves al medio día, cuando era más fuerte el calor del mes de febrero; mostrábanse vivaces y activas; volaban en medio de los bueyes y de los caballos; posábanse á menudo en tierra, y un momento después volvían á revolotear alrededor del ganado, como hacen las golondrinas.»

Dice Schomburgk que el nacunda hace los movimientos de las pequeñas especies de rapaces nocturnas: cuando se acerca un hombre, levanta la cabeza y se oculta luego, esperando una ocasión favorable para volar. Los indios han deducido del hecho que el ave tenía ojos en el lomo.

Al acercarse la noche se oye con frecuencia un grito plañidero, que se dice ser el del nacunda. Taylor vió bandadas, que en su opinión constaban de varios centenares de indi-

CAUTIVIDAD.—Difícil es criar los chotacabras que se cogen en el nido; pero no imposible. Mi padre lo intentó varias veces y pudo conseguirlo dándole coleópteros y mariposas nocturnas; pero morían muy pronto si se les alimentaba con moscas: un pequeño que tuvo mi padre devoraba de 360 á 480 en un solo día.

Si se les alimenta bien, crecen muy pronto los individuos jóvenes aunque estén cautivos, y no tardan en adquirir las costumbres de sus padres; se aplanan contra el suelo si se acerca un hombre á ellos; encolerizanse y bufan silbando.

Les gusta el calor, pero buscan la sombra: cuando mi padre ponía los suyos al sol, rastreaban para colocarse debajo de los barrotes de la ventana. Tschudi tuvo un chotacabras que hacía lo mismo y al referirse á él decía lo siguiente: «Mientras escribo estas líneas se pasea un chotacabras por mi cuarto; hace ya mucho tiempo que le tengo y se alimenta de insectos y gusanos; pero nunca come con gusto. Aunque es un ave nocturna está muy avispado durante el día; cuando hace sol sale de su rincón, se echa en el sitio más caliente, ensancha la cola y medio cierra los ojos; mas apenas desaparece el astro del día, vuelve á su sitio y descansa de ordinario con el vientre apoyado en el suelo. No le gusta volar; da saltitos torpemente; se cae de lado á cada momento, y permanece en tal posición hasta que le levantan, aunque está perfectamente bueno y conserva toda su fuerza. Se ha domesticado mucho; pero si se acerca una persona desconocida, produce un ligero gruñido. Le gusta estar en la mano, y mira á la gente con sus grandes ojos negros, que revelan la mayor confianza: es el favorito de toda mi familia.»

En los últimos tiempos he cuidado varios chotacabras, y tanto por los datos que he podido recoger por experiencia propia, como por los que se me han facilitado por otras personas, debo confesar que son aves de jaula en verdad poco atractivas, sin embargo que merecen llamar la atención por sus extrañas costumbres. Para aquellos que saben tratar debidamente aves torpes y desmañadas, no es nada difícil criar las de que nos ocupamos: es verdad que debe alimentarse á los pequeños, ingurgitándoles el alimento, y que con respecto á los ya casi adultos, hay también necesidad de presentárselo á poca distancia; pero no lo es menos que se puede acostumar á algunas de estas aves á cazar la presa que vuela en el interior de su encierro, y á alimentarse por sí solas. Friderich nos refiere una anécdota verdaderamente conmovedora tocante á un chotacabras cautivo. Cogida el ave en su nido cuando joven, y criada siempre con el mayor cuidado, llegó á hacerse en extremo mansa; pero como su dueño tuviera algunas dificultades para procurarle el alimento, tomó la resolución de dejar abierta la puertecita de la jaula y facilitarle de este modo la fuga. No queriendo el ave aprovechar la favorable coyuntura que se le ofrecía de recobrar su libertad, á eso del anochecer el dueño la arrojó al aire en medio de la campiña; alejóse aquella volando, pero al cabo de un cuarto de hora volvió á casa del que la cuidaba.

Como se repitiera varias veces el ensayo, el chotacabras adquirió la costumbre de irse volando adonde y cuando quería; pero á las primeras horas de la mañana volvía siempre á su antigua morada. A fin de habituarla por completo á la libertad antes de que llegara la época de emigrar, é impedir de este modo que volviese, Friderich llevó al ave á un lugar muy lejano y la soltó; pero al año siguiente, mientras se estaba arreglando el aposento en que habitara un día, se hallaron sus restos desecados en un escondrijo: la pobre ave, ya fuera por cariño á su primitivo dueño, ya instigada por el hambre, había vuelto á la casa de este, y murió sin que nadie se apercibiera de ello.